



La abuela de todos

Maestra de la vida

TEXTO MARIANA LICEAGA

FOTOS SUB.COOP

Estela de Carlotto está atravesada por el vocablo poder en todas sus dimensiones. Luchó contra muchos poderes: el del Estado, el económico, el de la Iglesia, el mediático, el judicial, el militar y el de la indiferencia, entre otros. Desde el lugar más vulnerable pudo –y puede– cambiar rumbos por medio de acciones.



Dos días después de enterrar a su hija Laura, Estela de Carlotto recibió el aviso donde le anunciaban que le había salido la jubilación como docente.

¿Y ahora para qué quiero este tiempo libre si no tengo nada que buscar? recuerda hoy en una de las salas de la casa de las Abuelas de Plaza de Mayo, que se preguntó cuando recibió la noticia.

Y se responde como si el tiempo no hubiera pasado:

—Ya sé que hacer— dice que dijo.

Lo que sabía que iba a hacer era buscar a su nieto. Unos meses antes de que le entregaran el cuerpo de su hija asesinada, alguien había ido a la fábrica de pintura de su marido y le habían dicho que Laura estaba embarazada. No podía estar segura de que el embarazo hubiera llegado a término porque su hija ya había perdido dos y porque sabía que había pasado por torturas.

Pero Estela se describe a sí misma como una mujer con un temperamento que no se deja abatir, que no se queda llorando y que sale a hacer lo que tiene que hacer. En aquellos días de agosto de 1978, sabía que su nieto debía haber nacido en junio y que lo tenía que buscar en Casa Cuna. Así fue como

conoció a otras señoras que estaban en la misma.

—¿Cómo se las arregló para buscar y trabajar en la escuela?

—Esa búsqueda la hice sola, solita, con mucho resguardo, con mucho cuidado. Yo no quería que dijeran que mi hija era terrorista, subversiva, que era lo que decía la prensa monopólica, porque decían esas barbaridades. Por entonces solo mi familia y dos maestras que se la habían llevado. El resto enteraró en el velatorio y me preguntaban cómo había podido ir a trabajar con esa carga.

—¿Y cómo pudo?

—Y bueno, era la responsabilidad docente. Y lo sigo pensando así, y es mi consejo: el maestro tiene que amar mucho a los niños y dejar a un costado sus problemas personales cuando pasa el umbral de la escuela para llegar plena, como se merece el chico, con buen humor, con creatividad. El niño necesita una buena imagen de un director, de una maestra. Y eso es lo que hice con mi dolor a cuestas.

Estela cuenta que desde que era muy chiquita supo que quería ser docente: era desinhibida, medio “artistona”, ayudaba a sus compañeritas cuando no entendían y tuvo alumnos particulares

cuando cursaba la secundaria. Por eso no dudó en aceptar un trabajo en una escuela de suburbio —en la que varios años más tarde llegó a ser directora— apenas terminó el colegio.

En su declaración ante la Cámara Federal de Apelaciones de La Plata expuso:

“Laura sabía lo que quería y lo que debía hacer. Cuando le decía que hiciera como yo, que era docente de alumnos muy pobres a los que ayudaba desde todo punto de vista, ella se reía y me decía: Mamá, lo que vos hiciste son parches y nosotros no queremos parches, queremos cambiar la historia definitivamente y que exista justicia social”.

—¿Y cómo ve esa lucha cuarenta años después?

—La veo como una entrega total, de compromiso, de sueños, del bienestar del otro, casi irracional. Yo le decía: “Laurita tenés que irte, te están buscando, llorás todos los días por tus amigos”. Y ella me respondía que no perdiera el tiempo porque su lugar estaba acá. Ella sabía que estaba entregando su vida por una causa. Ellos hicieron la democracia con su sangre derramada, con sus defectos y sus virtudes. Y seguimos. Yo duermo, descanso y resucito todas las mañanas. Estamos



cansadas, pero ya tenemos relevo: seguirán buscando nuestros hijos, nuestros nietos.

–¿Cómo influyó o influye su espíritu docente en todo este recorrido?

–Mis hijos todavía me ven con el dedo índice señalando hacia arriba. Cuando me incorporé a aquel grupo de señoras dijeron: “¡Qué suerte, una maestra para escribir cartas!”. Cada una aportaba lo que podía. Y yo puse en práctica lo mío. Y lo sigo poniendo, porque cuando voy a hablar a un jardín de infantes o a una escuela primaria o secundaria hago docencia. Lo mismo cuando voy a exponer a cualquier lugar del mundo: se necesita sensatez para abordar un tema tan delicado, tan extraño, tan inentendible; porque el mundo europeo no entiende cómo se han robado niños. A mí me hace bien seguir contactándome con la gente a través de la palabra.

El poder de los colectivos

–¿Y cómo pudieron tanto?

–Creo que lo bueno fue no estar solas. El poder hacer cosas en conjunto es mucho más útil y también un alivio frente a la soledad. Todo lo que se hace en grupo es mucho más efectivo y verdadero.



Uno solo está encapsulado, puede desarrollar su intelecto pero puede llegar a estar equivocado o, digamos, sobremotivado para adentro. En grupo uno comparte, discute, razona, ve otro punto de vista. El camino nuestro buscando nietitos es inédito. Compartir nos ayudó a pensar. Nosotros no somos unas señoras que nos juntamos para

jugar a las cartas, nos juntó el dolor, veníamos de distintos lugares de la sociedad, somos distintas pero somos de un mismo tronco que nos permitió a cada una dar lo que sabe o puede, y hacer de esto una masa de trabajo para idear caminos. No es el mismo camino hoy que el de hace treinta años. Hace un tiempo era un camino de miedo, hoy tiene otros matices.

–¿Y cómo describe el Goliat de hoy?

–El Goliat existe. Estuvo dormido durante diez o doce años y pudimos estar bien escuchadas, visibles, respetadas y con respuestas concretas a nuestras demandas. Si eso se revierte, si eso que han anunciado de que los derechos humanos son un curro, entonces, sí, tendremos que luchar contra Goliat. Estamos esperando el diálogo, lo hemos hecho con todos los gobiernos, nos interesa decirle que el Estado de derecho es el que tiene que reparar lo que el Estado terrorista hizo. Las mejores respuestas vinieron de Néstor y Cristina. Eso es así. Tenemos que ver qué pasa con el presente. Nosotros pedimos una cosa y ellos anuncian otra, pero cuando llegue el momento de ponerlo en práctica, ellos harán un balance entre hacer lo que dijeron o tener en cuenta lo que nece-





sitamos. Mientras tanto seguimos trabajando, no nos vamos a quedar dormidas ni un minuto, ya tenemos la práctica, no queremos perder nada de lo que se hizo y avanzar en lo que falta. Pero vamos a ser implacables cuando se quiera revertir algo de lo que se consiguió. Y ese es el poder que tenemos nosotras, el poder del impacto, casi con temor, de quienes dicen no, no te metas. Tengo una anécdota muy risueña de la época del primer gobierno constitucional luego de la dictadura. Una vez fuimos con una abuela a retirar algo a la aduana y nos ponían trabas y un empleado le dice a otro: "Mirá, atendelas bien a estas, porque se ponen un pañuelo blanco y hasta hacen caer al gobierno". Y entonces un poquito en broma digo lo del miedo, no que somos malas sino que no negociamos nada, no nos rendimos ante nada, respetamos pero pedimos que nos respeten. Es una permanente resistencia. En más de una oportunidad nos han ofrecido encontrar nietos a costa de impunidad, pero es un delito de lesa humanidad y no queremos encontrar nietos vendiendo la sangre de los hijos. Y nuestra honra. Jamás. Los encontraremos cuando los encontremos, pero nunca a costa de negociar impunidad o algo peor. ¶